

70 aÃ±os de JosÃ© Luis Rivas
Plata Viva
para Juan, mi hijo

Juntos una maÃ±ana caminÃ¡bamos
a la orilla del rÃ­o Pantepec.
Al paso de sus aguas
le arrebatÃ© una rama de palmera
a medias sumergida.
Y una vez que la alcÃ©,
saltaron de improviso
â€”las unas rÃ­o adentro,
las otras rÃ­o afueraâ€”
Â¡mirÃ¡das de peces diminutos !

Aquel arcÃ³n abierto
relumbra desde entonces
en los tizones de tus ojos.
Y yo te miro aÃ±:
arrodillado, recogiendo
con el mayor esmero
aquella plata vivacÃ­sima
para volverla
(Â¡lo mÃ¡s pronto posible!)
a su fuente caudal.

EstirinchÃ¡;
para mi hija MarÃ­a

Â«Cuando veÃ¡a el paso
de un bando de flamencos por el cielo
â€”ese algodÃ³n de azÃ³car rosa que se estiraâ€”,
querÃ¡a con los ojos, comÃ©melo de lejosÂ» .

Â

El alta mar
para Albertina

Con el alba, hamacado por la primera rÃ¡faga, y observando desde una palapa de otates el gesto audaz de un chiquillo que arrostraba a pelo con su relinchante montura el embate de las olas en la playa, hoy supe que mi divorcio con la vida habÃ­a llegado a su fin. Y que en adelante ya me serÃ¡ dable imprimir en las arenas de un mÃ©dano â€”pasajeras del vientoâ€” la efigie de mi puÃ±o tal una asteria fÃ©lgida, un mÃ­nimo sidus Julianum.

Me puse a repasar, provisto de una caja de colores, los dÃ­as de mi vida difuminados, junto con menudos menesteres, entre la devoradora grisalla. He resuelto devolverles el tinte perdido, infundirles mi resoluciÃ³n impostergable para, una vez repuesto el hÃ¡lito vivaz, beber, del pico mismo de la entereza, ese vigor que impele hacia la certidumbre de una interioridad henchida de sentidos, por mÃ­ propio secretados con gesto alacre, como una esponja en lo profundo del piÃ©lago. Y reconocer, ya afuera, sobre la misma Ã­nsula, su influjo en el aroma hÃ©medo y salobre que emana del oreoselino cuando la brisa terral escarmena las marismasâ€¦

Â

Â